

21.º domingo ordinario C

Fortaleced las manos débiles, robusteced las rodillas vacilantes y caminad por una senda llana: así el pie cojo, en vez de retorcerse, se curará. (Hb 12,12-13)



Primera lectura

Isaías 66,18-21

Esto dice el Señor: – Yo vendré para reunir a las naciones de toda lengua: vendrán para ver mi gloria, les daré una señal, y de entre ellos despacharé supervivientes a las naciones: a Tarsis, Etiopía, Libia, Masac, Tubal y Grecia; a las costas lejanas que nunca oyeron mi fama ni vieron mi gloria, y anunciarán mi gloria a las naciones.

Y de todos los países, como ofrenda al Señor, traerán a todos vuestros hermanos a caballo y en carros y en literas, en mulos y dromedarios, hasta mi monte santo de Jerusalén – dice el Señor –, como los israelitas, en vasijas puras, traen ofrendas al templo del Señor. De entre ellos escogeré sacerdotes y levitas – dice el Señor.

Segunda lectura

Hebreos 12,5-7.11-13

Hermanos y hermanas: Habéis olvidado la exhortación paternal que os dieron: "Hijo mío, no rechaces el castigo del Señor, no te enfades por su reprensión, porque el Señor reprende a los que ama y castiga a sus hijos preferidos". Aceptad la corrección, porque Dios os trata como a hijos, pues ¿qué padre no corrige a sus hijos? Ningún castigo nos gusta cuando lo recibimos, sino que nos duele; pero, después de pasar por él, nos da como fruto una vida honrada y en paz.

Por eso, fortaleced las manos débiles, robusteced las rodillas vacilantes y caminad por una senda llana: así el pie cojo, en vez de retorcerse, se curará.

Evangelio

Lucas 13,22-30

En aquel tiempo, Jesús, de camino hacia Jerusalén, recorría ciudades y aldeas enseñando.

Uno le preguntó: – Señor, ¿serán pocos los que se salven?

Jesús les dijo: – Esforzaos en entrar por la puerta estrecha. Os digo que muchos intentarán entrar, y no podrán. Cuando el amo de la casa se levante y cierre la puerta, os quedaréis fuera y llamaréis a la puerta diciendo: "Señor, ábrenos", y él os replicará: "No sé quiénes sois".

Entonces comenzarán a decir: "Hemos comido y bebido contigo y tú has enseñado en nuestras plazas". Pero él os replicará: "No sé quiénes sois. Alejaos de mí, malvados".

Entonces será el llanto y el rechinar de dientes, cuando veáis a Abrahán, Isaac y Jacob y a todos los profetas en el Reino de Dios, y vosotros os veáis echados fuera. Y vendrán de Oriente y Occidente, del Norte y del Sur, y se sentarán a la mesa en el Reino de Dios. Mirad: hay últimos que serán primeros, y primeros que serán últimos.

Meditación

Tema de la unidad es la salvación escatológica entendida como entrada en el banquete de Dios y de su reino. Un oyente ha escuchado el mensaje de Jesús y le pregunta sobre el número de aquéllos que se salvan; tiene curiosidad y se sitúa desde fuera ante el problema. Su pregunta era normal en el ambiente fariseo de aquel tiempo y se repite de maneras diferentes a lo largo del tiempo de la iglesia. También entre nosotros son muchos los que quieren tener una respuesta precisa y definida sobre el número de aquéllos que entrarán en el cielo.

Pues bien, Jesús no quiso responder a esa pregunta. No ha sido su misión saciar curiosidades de gentes satisfechas. La plenitud del hombre no es asunto de estadísticas, de normas generales o sondeos. Por eso su respuesta ha consistido en presentar ante el oyente la exigencia del reino y su dureza: "esforzaos en entrar por la puerta estrecha" (13,24). Eso es lo que importa de verdad y todos los restantes problemas son vacíos.

La lógica del judaísmo contemporáneo de Jesús y la visión interna de la mayor parte de las grandes religiones han tenido a responder a esa pregunta de otra forma: se salvan los que forman parte de la Iglesia; se condenan aquéllos que están fuera. Ciertamente el "estar fuera" se interpreta después con distinciones pertinentes. No faltan judíos que dijeran que un buen gentil formaba parte implícita de la comunidad de salvación; y los cristianos han hablado de una pertenencia al alma de la iglesia o se refieren a un tipo de cristianismo implícito. Estas respuestas ignoran que el camino de Dios sobre la historia sigue siendo siempre enigma.

Por eso tenemos que volver a la palabra del evangelio. Lo que importa no es la suerte de los otros sino aquella exigencia que ha venido a dirigirse a cada uno: "esforzaos en entrar por la puerta estrecha". La salvación no es tema de curiosidad sino de compromiso. Para avivar la conciencia de este compromiso, Jesús añade unas palabras de escalofriante seriedad.

Hay personas que pretenden derechos sobre el reino. Son aquéllos que se acercan a la puerta y mandan: "ábreos". Sus razones parecen evidentes: han compartido la mesa del Señor y han escuchado atentos sus palabras. Evidentemente, son amigos, y por eso pueden permitirse la libertad de indicar "ábreos". Pues bien, el Señor les dice "no os conozco". Aunque parecen formar parte de su familia, son obradores de iniquidad (malvados). Son, en primer lugar, los que han comido con Jesús (eucaristía), han escuchado su palabra, le han llamado Señor en la plegaria y no se han convertido. Sin embargo, han realizado la "injusticia"; no han cumplido la palabra de Jesús; no han recibido el mensaje de su reino; por eso quedan fuera.

Solamente a la luz de esta exigencia, a la luz de la condena que amenaza a los que forman parte de la comunidad (externa) de salvación, cobra sentido la palabra sobre aquéllos que están fuera: "vendrán de Oriente y Occidente!"

Mirado en relación con uno mismo, el mensaje de Jesús debe expresarse en forma de llamada a penitencia; tal es el sentido de la palabra salvadora. Mirado en relación con los de fuera es fundamento de esperanza. La justicia de Dios se traduce en forma de salvación para los pueblos; por eso, los mismos que buscan con temor y temblor la propia salvación, esforzándose por entrar a través de la puerta estrecha, tienen que admirar la providencia salvadora de Dios, que llamará a sus hijos del Oriente y Occidente, del norte y sur de nuestra tierra.